

## LA TEMPORALIDAD EXISTENCIAL EN AZORÍN

GUZMÁN ÁLVAREZ

El encuentro con el tema ha surgido al azar: en una lectura inintencionada, apareció claramente. Lo que surgió ha sido en suma la búsqueda del mismo a través de los libros del autor que mejor campo de posibilidades pudieran ofrecer, hasta encontrar los materiales que estudio a continuación.

*Exploración de textos y unificación del material recogido*

Comprende las siguientes fases: (1) recopilación de citas referentes al tiempo; (2) su reducción a grupos semánticos homogéneos; (3) condensación tendente a encontrar en estos grupos una característica común.

(1) Proceden las citas de trece libros: *La Voluntad* (1902), *Antonio Azorín* (1903), *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904), *Los pueblos* (1905), *Castilla* (1912), *Al margen de los clásicos* (1915), *Madrid* (1918), *Don Juan* (1922), *Doña Inés* (1925), *Félix Vargas* (1928), *Blanco en Azul* (1929), *Pensando en España* (1940), *Veraneo sentimental* (1944). Total de citas transcritas: 26.

(2) Reducidas las citas a grupos semánticos, homogéneos, nos dan los siguientes, que enuncio con un término distintivo de su significado: *emotividad*, formado por cuatro referencias temáticas; *existencialismo*, que tiene tres; *caducidad*, con tres igualmente; *eterno retorno*, representado por tres también; por último he formado otro que consta de tres referencias heterogéneas desde el punto de vista de significado, pero que forman pareja con sus contrarias. Son éstas: (a) desasosiego producido por la marcha del tiempo vs. contemplación del paso del mismo; (b) supervaloración del tiempo vs. contemplación de las cosas, que llegan hasta anularlo; (c) tiempo cronológico vs. tiempo abstracto. Hay que tener en cuenta algunas referencias independientes.

(3) Condensando ahora la reducción llevada a cabo, nos encontramos ante el siguiente resultado: el grupo referente a la *emotividad* es el de mayor número de frecuencias, como queda fijado. Examinados los demás, hallamos una incidencia común del tema *emotivo* en todos, salvo en uno: está muy acusada en el *existencialismo*; es menos intensa en la *caducidad*; aparece levemente en el *eterno retorno* y en las dos primeras parejas de los *grupos heterogéneos*, y nada en las citas (temporales) *independientes*.

Como resultado final del proceso seguido, quedan para nuestro estudio los dos temas fundamentales siguientes: *emotividad*, *existencialismo*.

Vamos a tratarlos conformemente a las citas de cada tema, teniendo en cuenta tanto las peculiaridades que ofrecen como, y principalmente, las relaciones interdependientes que muestran. En último término observaremos otro tema, cuya procedencia no es la de una cita de significado denso, como las demás, sino que se encuentra vagando por varias correspondientes a los temas que se estudian. Alguna nueva aparece de significado preciso y que

reproduzco. Con todo, creo que puede considerarse como tema constante en la obra de Azorín. Lo llamo "Temporalidad y vivir descontento."

*Emotividad*

Las dos primeras citas son de *Las confesiones*:

¿Qué destino secreto pesa sobre nosotros que nos hace desgranar uno a uno los instantes en estos pueblos extáticos y grises? Yo no lo sé, pero yo os digo que esta idea de que siempre es tarde es la idea fundamental de mi vida; no sonriáis. Y que si miro hacia atrás, veo que a ella le debo esta ansia inexplicable, este apresuramiento por algo que no conozco, esta febrilidad, este desasosiego, esta preocupación tremenda y abrumadora por el interminable sucederse de las cosas a través de los tiempos.

Un poco más adelante, evocando el cuidado con que su madre le hacía la maleta, menciona únicamente un objeto, y comenta: "ahora, cuando a veces revuelvo el aparador, veo, desgastado, este cubierto, que me ha servido durante ocho años, y siento por él una profunda simpatía."<sup>1</sup>

En *Los pueblos*, al final de la visita a Sarrió, escribe esto:

Acaso los amigos, los parientes, intentan un supremo esfuerzo; se hace un viaje para consultar a un médico famoso; se ponen en práctica tales o cuales medios curativos... Pero todo es inútil; los años han ido pasando; las energías de la juventud se han perdido; el ambiente que nos ha de tragar está ya formado, y son vanos y estériles cuantos esfuerzos hacemos por apartarnos de él.

En *Al margen de los clásicos* (párrafo referente a Gón-gora), dice:

entremos en la vida resueltamente. Seamos en ella lo que nuestro ser quiere—espontáneamente—que seamos... No sabemos lo que podrá producir el tiempo en su corriente inacabable; mas este instante (un instante emotivo producido por el arte) tan fugitivo, tan alado, es la flor maravillosa—¡oh hombres!—de la pretérita eternidad.

La abundancia de menciones concernientes al tema de la *emotividad* nos obliga a estudiarlo desde el punto de vista existencial.

No toda emoción despertada por el paso del tiempo es existencial. Para que semejante estado de ánimo quepa auténticamente dentro de dicha categoría, tiene que llevar en sí una interpretación de la existencia, como veremos luego. El mero hecho de sentir pasar los años—situación también repetida en Azorín—no entra propiamente dentro de nuestro peculiar tema. Ahora bien, hay que tener en cuenta que en la existencia del ser humano caben ambos aspectos: tanto lo auténtica como lo inauténticamente existencialista. Si Heidegger estudia especialmente el primero, no por eso deja de valorar el segundo.<sup>2</sup> Téngase en cuenta además que para Sartre la *emotividad*, en general, es cierto modo de captar el mundo circundante.<sup>3</sup>

En Azorín la *emotividad*, característica dominante—in-sisto—de su problema temporal, es la que ordena sus

reacciones ante el espectáculo de la vida, y la que, por lo mismo, dirige frecuentemente sus descripciones minuciosas. Al final pongo un ejemplo de esto.

#### Existencialismo

El elemento vital tiempo tiene su origen en el ser humano, así como su fin. Mediante este elemento, de este modo delimitado, el hombre vive con las cosas que le rodean dándoles sentido: tanto a las que él mismo hace o crea, como a las que encuentra hechas o creadas. Y lo que es más, mediante dicho elemento fija igualmente su propio sentido.

De este modo: el hecho de darse cuenta uno que está viviendo con las cosas, le despierta la preocupación por su futuro, y por lo mismo se le despierta también en su conciencia lo que ya no es presente, y que lo fue, su pasado. Es pues de esta preocupación por sentirse viviendo de donde arranca y se forma la temporalidad. Esta breve nota que trata de reflejar el pensamiento de Heidegger a este respecto, puede fijarse mejor en la mente mediante una afirmación muy clara de Sartre: "yo no puedo sentir el tiempo que pasa y considerarme como unidad de sucesión; en cuyo caso tengo conciencia de durar."<sup>4</sup> La afirmación de Sartre no es tan categórica como parece si se tiene en cuenta que el sentirse vivir está dependiendo de los estados de ánimo por los que pasa el ser humano, independientes dichos estados del acontecer que señalan las agujas del reloj.

Vamos a ver ahora en qué grado cumple con este concepto la temporalidad de Azorín, y en qué difiere. Veamos primero las citas pertinentes.

Yuste, Maestro de Azorín, próximo ya a morir, le explica su sentido de la existencia. Copio los tres párrafos que lo contienen:

"Azorín, hijo mío, en estos momentos supremos, yo declaro que no puedo afirmar nada sobre la realidad del universo . . . La inmanencia o transcendencia de la causa primera, el movimiento, la forma de seres, el origen de la vida . . . , arcanos impenetrables . . . , eternos" . . . Interrumpe su discurso la melopea de una cofradía que pasa por la calle. Después continúa: "Yo he buscado un consuelo en el arte . . . El arte es triste.

El arte sintetiza el desencanto del esfuerzo baldío . . . o el más terrible desencanto del esfuerzo realizado, del deseo satisfecho". Nueva interrupción de la melopea que se extingue. Seguidamente la voz del maestro, por última vez, también extinguiéndose: "¡Ah, la inteligencia es el mal! . . .

Comprender es entristecerse; observar es sentirse vivir . . . Y sentirse vivir es sentir la muerte, es sentir la inexorable marcha de nuestro ser y de las cosas que nos rodean hacia el océano misterioso de la nada."

Con objeto de ver con más claridad la correspondencia del pensamiento que encierra este párrafo con las características correspondientes de la filosofía existencial, y teniendo en cuenta además el mayor número de sintagmas de este sentido, invirtamos el orden, empezando por el último párrafo.

Aunque el significado de cada palabra o expresión es claro, tenemos que detenernos en las siguientes: "Comprender y observar," por un lado, y "marcha . . . hacia," por otro. Hay que diferenciar "comprender," perteneciente

a un acto intelectual, de "observar" que lo es fenomenológico,<sup>5</sup> siendo éste el que corresponde sobre todo con el sistema existencial, y el que en este caso sirve de enlace de elementos en esta isotopía que estamos estudiando. "Marcha . . . hacia" corresponde con el significado temporal, viviente, de dicha parte última.

Ahora podemos operar con más facilidad en el análisis existencial correspondiente, debiendo partir del sintagma de máximo significado: "sentirse vivir es sentir la muerte." Es como un impacto: vida y muerte enlazadas por un solo verbo, el más idóneo, *sentir(se)*. Situándonos ahora en esta cargadísima referencia, podemos seguir el camino que recorre todo *Dasein* dentro de su circunstancia, aquí sólo dada a entender con notable desilusión. En cambio se ve claramente cómo el camino está construido por los tres estadios temporales característicos: el futuro, al ir acercándose a la nada (expresión reducida: marcha hacia la nada); el presente, al sentirse viviendo con su ocupación (expresión reducida: sentirse vivir); el pasado está en el primer párrafo (expresión reducida: Transcendencia y origen de la vida . . . arcanos eternos).

Enlacemos ahora la trayectoria que sigue el vivir concebido en todo el trozo de lectura: marcha hacia la nada → sentirse vivir durante la marcha, llevando como bagaje el arcano eterno donde se origina nuestra vida.

El sentido de la existencia conforme a los principios que ha formulado la filosofía de Heidegger y Sartre no se encuentra tan completa y claramente en ningún otro pasaje de la obra de Azorín. Las breves citas que siguen muestran alguna nota nueva.

En *Castilla*, capítulo de "Las nubes," después de glosar una expresión de Campoamor, dice: "Las nubes son la imagen del tiempo. ¿Habrá sensación más trágica que aquella de quien sienta el tiempo, la de quien vea ya en el presente el pasado y en el pasado lo por venir?" Prescindiendo del orden de los tres términos temporales, y que tampoco corresponden con la preocupación existencial, aquí la expresión correspondiente al origen de este pensamiento en la mente de Azorín es "sensación trágica . . . de quien sienta el tiempo."

Hay más notas en este campo. Elijo, para terminar, este brevísimo pasaje. Es de *Pensando en España*, capítulo "El poeta en la ventana": "El tiempo es el tránsito de las cosas." El tránsito de las cosas es una característica netamente existencial. Recordemos la frase heideggeriana "estamos tejidos de tiempo."

#### Temporalidad y vivir descontento

Observemos ahora cómo la emotividad producida por el transcurso temporal le da a nuestro autor un sentido de la vida notablemente negativo, que, salvo contadas excepciones, ha mantenido toda su vida como elemento característico de su pensar e incluso de su estilo peculiar de escribir.

Todas las citas del tema precedente sirven de ejemplo para éste. La referente a Yuste es marcadamente significativa (recuérdese la reducción que hemos hecho). Las

demás han añadido alguna peculiaridad connotativa. Centradas en el tema, están las siguientes:

En *Blanco en Azul*, Félix Vargas, abrumado por el pasado, se encuentra en el límite del absurdo del vivir. Observemos la siguiente cita del capítulo "Los niños en la playa": "(Félix Vargas) tiene la superstición del tiempo; la evocación del pasado le agobia; diríase que el evocar el pasado, su pasado—la niñez, la adolescencia, la juventud—ese cúmulo de horas, de días, de meses, de años se yergue frente a él y le anonada con su peso terrible."

En *Las confesiones*, el breve capítulo, dedicado a su madre, dice al final: "Cuando mi madre ha tomado en sus manos blancas esta mantilla, yo he visto que se quedaba un momento pensativa; esta mantilla es la de su boda. Yo he sentido que una vaga tristeza—la tristeza de lo pasado—velaba sus hermosos ojos anchos y azules." En este escueto pasaje la frase que encierra todo un sentido y un concepto vitales es "la tristeza de lo pasado." En términos que amplían el significado, es la frustración de más de media vida.

Terminando ya, obsérvese este pasaje de *La Voluntad*:

La vida de los pueblos es una vida vulgar . . . , es el vulgarismo de la vida. Es una vida más clara, más larga y más dolorosa que la de las grandes ciudades. El peligro de la vida del pueblo es que se siente uno vivir . . . , que es el tormento más terrible . . . La muerte parece que es la única preocupación en estos pueblos.<sup>6</sup>

Hay aquí una correlación semiótica que ordena toda la cita. Si unimos las frases claves "vida más clara, más larga y más dolorosa" con "sentirse vivir" y preocuparse por la muerte (frase reducida) aparece la trayectoria de la vida humana con su meta.<sup>7</sup> La ve el escritor en el vivir natural ("pueblos"), común de las gentes ("vulgar"). El estado psicológico de defraudación que Azorín describe aquí no obedece exclusivamente a este momento de su creación. Véase cómo lo repite, reforzándolo, en *Antonio Azorín*: "Y la idea de la muerte, eterna, inexorable, domina en estos pueblos españoles con sus novenas y sus tañidos fúnebres, con sus caserones destartados; su ir y venir de devotas enlutadas."<sup>8</sup>

Contra esta situación del vivir de las gentes no ha aparecido en los textos una frase de protesta o de acusadora denuncia. Azorín siente y revela un mal enquistado en la existencia. Tampoco refleja una posible curación social o esperanzadora redención del estado de angustia que acarrea dicho mal: el vivir es así por absurdo que a uno le parezca. Azorín descubrió ese vivir resignado, callejeando por aquí y por allá incansablemente; y lo comenta según su peculiar manera de percibirlo. De ahí su limitación territorial, que puede ser observada en el texto recientemente transcrito ("estos pueblos españoles"). Corresponde, por otra parte, al estilo del escritor español de aquella época.

Albert Cásus, casi medio siglo después, dirige su observación también al mismo medio de convivencia, sintiéndolo como lo había sentido Azorín; más, aquél con todo el bagaje que acarrea, forma la adecuada doctrina existencial. Es otra época ya con inquietudes nuevas.

Como queda indicado, reproduzco a continuación una de las típicas descripciones azorinianas. La segmentación que

se hace y los comentarios correspondientes tratan de destacar—evaluándola—la trayectoria que sigue la mirada del autor por entre la maraña de formas del vivir de un pueblo. *Valoración de un texto de la novela Antonio Azorín*

Pertenece a la primera parte del capítulo XIII titulado "En Infantes." Ha sido dividido el texto en tres trozos de lectura. Se sigue el orden que el autor les ha dado. Han sido suprimidos algunos pasajes del último, para ver más contrastado aquello que se desea ver; es decir: el sentido que tiene la ordenación de materiales.

*Primer trozo.*

El cielo está límpido, radiante. Salgo. Camino por las blancas calles de altibajos solados con guijarros. De cuando en cuando aparece un caserón enorme, dorado, negruzco, rojizo, con la portalada monumental de sillería. Dos columnas dóricas a cada lado de la puerta sostienen el largo balconaje de un ancho saliente; otras dos columnas a una y otra banda del hueco rematan en un clásico frontón triangular con las cornisas de enroscadas volutas. Y a una y otra parte de la fachada, en los grandes paramentos de los muros blancos resaltan sendos y afiligranados blasones pétreos.

La primera lexía (o unidad de lectura y significado) luminosidad del cielo, está dictada por un estado de ánimo placido, hasta gozoso diríamos. De ella está pendiente la que sigue, "Salgo," una sola palabra aislada por puntos, que, no obstante, también se enlaza con la que viene a continuación. Esta, "camino por . . .," aún lleva la disposición anímica inicial del autor. Sigamos observándolo. "De cuando en cuando aparece un caserón enorme." Esta expresión adjetival, reiterativa, es relevante. Ante la mirada del escritor hay más edificios que caserones, pero sólo se detiene ante éstos. Son los que llenan este primer trozo. Total: una codificación de connotaciones retóricas, culturales. (Unidad semántica, mínima, del trozo: descripción cultural).

*Segundo trozo.*

Recorro la maraña de engarabiadas callejas. Las puertas y ventanas de los viejos palacios están cerradas; las maderas se hienden, corcovan y alabeen; se deshacen en laminillas los herrajes de los balcones; descónchase los capiteles de las columnas y se aportillan y desnivelan los espaciosos aleros que ensombrecen los muros . . . Desemboco en una plaza; el sol la baña vívido y confortable; me siento en el roto fuste de una columna. Enfrente se levanta un paredón ruinoso, resto de un antiguo palacio; a la derecha veo las ruinas de una iglesia, con la portada clásica casi intacta, con un arco ojival fino y fuerte, que se destaca en el cielo radiante y deja ver, en la lejanía, entre su delicada membratura, el ramaje seco de un álamo erguido en la llanura inmensa . . . A la derecha otra iglesia ruinoso permanece cerrada, silenciosa, y se desmorona lenta e inexorablemente.

Compárese la primera lexía "Recorro, etc." con la correspondiente del trozo primero, "Camino por, etc." Ambas tienen similar objetivo: presentar al escritor recorriendo un espacio urbano. Pero el sentido ha cambiado. Para apreciar mejor la diferencia hay que tener en cuenta, en el primer caso, la frase introductora ("el cielo . . ."), que en el segundo no existe. De ahí que "Camino por blancas calles" dependa de un estado emotivo distinto de "Recorro

la maraña, etc." Esta distinción emotiva se mantiene a través de ambos trozos: contrastando notablemente con el primero, el segundo está compuesto por una larga serie de connotaciones que reflejan la proximidad al acabamiento fatal. (Unidad semántica, mínima, del trozo: ruinas).

Observación: es notable cómo una semejanza de dos lexías se convierte en una señalada diferencia de significado. Estas son: "El cielo está límpido, radiante" del primer trozo, y "el cielo radiante" del segundo (se encuentra hacia el final): este "cielo radiante," último, sirve de fondo para contrastar "el ramaje seco de un álamo."

#### Tercer trozo.

Vuelvo a mi peregrinación a través de las calles. Pasan labriegos con sus largas cabazas amarillentas, de cogulla, a la espalda; luego de tarde en tarde, una vieja, vestida de negro, arrugada, seca, pajiza abre una puerta claveada con amplios chatones enmohecidos, cruza el umbral, desaparece; una mendiga con las sayas amarillentas sobre los hombros, exangüe la cara, ribeteados de rojo los ojuelos, se acerca y tiende su mano suplicante. Y a todas horas, por todas las calles, van y vienen viejos, con sus caperuzas y zahones, montados en asnos con cántaros; viejos encorvados, viejos temblorosos, viejos cenceñíos, viejos que gritan paternalmente a cada sobresalto del borrico:

—¡Jo, buche! . . . ¡Jo, buche!

La plaza es ancha. A un lado se extiende una hilada de soportales; al otro se destaca, recia, la iglesia de sillares rojizos, con su fornida torre achatada . . .

Salgo de la plaza. La calle es recta . . . Y otra iglesia, también ruinoso, también cerrada para siempre, . . .

Camino por las afueras, bordeando los interminables tapias de tierra apisonada. Un viejo camina con su borrico, cargado con los cántaros, hacia la fuente.

—¿Hay muchas fuentes en el pueblo?

—No hay más que una . . . Una y mala; ¡que si fuera buena . . .!

Llegamos a la fuente. No es fuente. Es decir, la fuente está un poco más allá, en la plaza de las dos iglesias ruinosas y del palacio desplomado; pero como apenas surge agua por sus caños, porque los atanares están embrozados, se ha hecho una sangría en ellos más cerca del nacimiento, y a ella vienen a llenar sus vasijas los buenos viejos.

El agua cae en una fosa cavada en tierra; luego desborda y se aleja por las calles abajo formando charcos y

remansos de légamo verdoso . . .

Cantan a lo lejos los gallos. De pronto vibra en los aires una campanada, larga, grave, sonora, melodiosa; y luego, al cabo de un momento, espaciada, otra, y después otra, otra, otra . . .

—Esto es agonía—dice una vieja.

Y el anciano torna a mover la cabeza y exclama:

—La agonía de la muerte . . .

Y sus palabras lentas, tristes, en este pueblo sin agua, sin árboles, con las puertas y las ventanas cerradas, ruinoso vetusto, parecen una sentencia irremediable.

La lexía "Vuelvo a mi peregrinación a través de las calles" es de semejante función a la que tienen las correspondientes de los trozos anteriores, y nos muestra, dentro de su sencillez formal, un estado de ánimo del escritor afín con el del trozo anterior; igualmente la segunda; pero en la tercera ("luego de tarde en tarde..."), la curva emotiva de Azorín muestra un relevante ascenso. Lo ha acentuado la intromisión del elemento humano, que acaba de aparecer en la descripción. Hay un respiro cuando el escritor llega a la plaza: ésta es ancha; la iglesia, recia; la torre, fornida. Pero dura poco; pronto vuelve a ver otra iglesia en ruinas.

La impresionista descripción urbana ha terminado. Camino de la fuente comienza una comunicación con los habitantes. El diálogo es triste. La presencia de la fuente sugiere una expresión escueta, dolorosa. Y todo lo que sigue está orientado hacia un acabamiento final. (Unidad semántica, mínima, del trozo: acabamiento del hombre con su circunstancia).

Esquema lineal de unidades semánticas, y su interpretación: descripción cultural → ruinas → acabamiento del hombre con su circunstancia.

Las tres unidades del esquema son los hitos que señalan las parcelas que ha recorrido el estado anímico del escritor: el primero corresponde a su punto de partida, y es profesional: Azorín se dispone a cumplir con su propósito; el segundo refleja el elemento vital tiempo, existencial, según queda demostrado en el estudio precedente: la conciencia del escritor despierta ahora ante las señales ruinosas de la morada del hombre; en el tercero la atención del autor está movida por la presencia del ser humano: la comunicación con éste se proyecta hacia su futuro irremediablemente mortal.

Rijksuniversiteit Utrecht

<sup>1</sup> Ambos pasajes, en los cap. V y VI resp.

<sup>2</sup> *Sein und Zeit* (Niemeyer, 1927) aparte, aconsejo A. de Waelhens, *La Philosophie de Martin Heidegger* (Nauwelaerts, 1971), caps. correspondientes.

<sup>3</sup> *Esquisse d'une théorie des émotions*, 1930.

<sup>4</sup> *L'Être et le Néant*, "Temporalité originelle et temporalité psychique. La réflexion."

<sup>5</sup> En *La Voluntad* de Azorín su concepto de qué es sustancia y qué fenómeno en varias frases dispersas por entre los diálogos que mantiene con Yuste. Copio una: "La sustancia es única y eterna. Los fenómenos son la única manifestación de la sustancia" (O.S., CIII, p. 87). Esto puede

considerarse como una prueba de la preocupación de Azorín por la filosofía y sociología de por entonces. Respecto a ese fenómeno cabe pensar que leyera a Husserl, antecedente, en este aspecto, del existencialismo.

<sup>6</sup> O.S., p. 98.

<sup>7</sup> Obsérvese cómo en un brevísimo trozo la mente de Azorín ha caído en la elaboración de un par de sintagmas ("sentir . . ." y "preocupación . . .") que son de uso peculiar en la doctrina existencialista.

<sup>8</sup> O.S., p. 224.